



NO AL TRABAJO INFANTIL. Se piensa que todos los niños que trabajan lo hacen porque no les queda otra o porque los obligan. Desgraciadamente, hay casos en los que el niño trabaja porque piensa que eso lo beneficiará. Es difícil convencerlos de lo contrario

Con el futuro a la espalda

FOTOS: ENRIQUE CÚNEO



Franz. La disyuntiva es enorme y la tierra llega hasta los tobillos: abre la mano y piensa un segundo que esa pita puede servirle para amarrar el costal y así poder llevarlo hasta su casa sin que se desparezca todo lo que hay dentro. Aunque puede también cortarse en dos partes iguales y usarlas como pasadores y así evitar el riesgo de caerse con todo y costal por caminar con los zapatos sueltos. El niño se va por la tangente y decide guardar la pita en el bolsillo—luego verá qué hace con ella— porque observa que a unos dos o tres metros hay un pedazo de cartón. De tanto conversar con Erick y Óscar casi no se da cuenta de que ahí estaba la caja, escondida entre una alfombra, una sandalia y un poco de tierra. Salta de pronto, coge la caja y anuncia su hallazgo. Hallazgo que subjetivamente huele a victoria y objetivamente a basura amontonada. Preguntarle a un niño de 8 años como Franz por el tiempo que lleva reciclando desechos es un despropósito; es tan pequeño que no sabe si empezó hace pocos meses o hace más de un año. Evade la pregunta y otra vez se va por la tangente explicando el cuándo a través del quién: *Mi mamá me enseñó. Ella reciclaba antes y me llevaba y aprendí. Y el cómo a través del cuánto: De los 3 soles que saco le doy 2,50 a mi mamá para que cocine. Y el por qué a través del para qué: Con mis 50 céntimos me compré tallarín con papa en el colegio. Al final, la pita se la regala a Erick y asunto arreglado.*

Erick. El costal de 50 kilos le queda chico. Ya empujó, ya arrió, ya presionó con los pies. Nada. Un empujón más, por si acaso; ya con eso puede amarrarlo y llevarlo. Qué raro, parecía un mal día. Por esta zona, en Lomas de Carabayllo, siempre hay basurales a la vista (o al olfato). El de hoy parecía prometer una faena mediocre, pero era solo cuestión de remover la tierra. Un optimista diría que detrás de cada montículo puede estar la plata para el almuerzo. Erick tiene 11 años y por eso no se guía por el optimismo sino por el instinto. El mismo instinto que le dice (en voz alta) que debería usar guantes para protegerse las ma-

El dilema de un problema cultural

Una de las iniciativas que encabeza esta feroz lucha contra el trabajo infantil es Pro Niño, un programa de la Fundación Telefónica en coordinación con la Asociación Fe y Alegría y el Centro de Estudios Sociales y Publicaciones (Cesip). Así como Franz, Erick y Óscar, hay 330 niños de su mismo colegio (Manuel Scorza, en Lomas de Carabayllo) beneficiarios. El mecanismo de trabajo incluye conversaciones permanentes con los profesores y padres de familia para que el niño trabajador abandone paulatinamente las actividades que realiza. Muchas veces, como en estos casos, el trabajo de los niños es un dilema cultural: los padres piensan que el niño se volverá más responsable si trabaja desde pequeño, y el niño piensa que será un adulto exitoso por trabajar tan precozmente. Ni lo uno ni lo otro, lo que el niño debe hacer, en cualquier caso, es ir primero al colegio.

nos mientras rebusca en la basura: *Sí, ya sé, pero los guantes cuestan.* Instinto que le dice (en voz baja) que a su edad no debería estar trabajando: *Sí, ya sé, pero es para poder comer.* Ese mismo instinto lo obliga a tener cuidado de no recoger, por ejemplo, agujas o vidrios. Y quizá ese mismo instinto lo lleve a tomar este trabajo como un entretenimiento. Uno espera escuchar una queja suya, pero no hay quejas. Uno espera un lamento y no hay lamentos. Uno imagina una incomodidad y no hay incomodidades. Uno jamás imaginaría una alegría siquiera remota, pero Erick hoy está contento. Eso duele más. La pita que fue de Franz y luego de Erick es ahora de Óscar. Su costal es el más pesado.

Óscar. No lo puede cargar, se le escurre entre las manos. Es terco: vuelve a cargar y se le vuelve a resbalar. Carcajadas. Lo más pro-



ÓSCAR, 11 AÑOS. Hay niños que trabajan sin darse cuenta del problema que atraviesan. Lo ven como un juego más en su rutina diaria.

bable es que tenga que esconder el costal ahí nomás, ir corriendo a su casa y pedir que alguien lo ayude a cargarlo y volver rápido antes de que alguien se lo robe. Una vez más: lo carga y se le cae. Carcajadas, otra vez. Ojalá después se acuerde de lavarse las manos porque hace unos días se cortó el dedo meñique de una mano con una lata y la herida debe estar absolutamente infectada: *Cuando me lo hice me lavé con agua y alcohol.* Y ojalá se acuerde de regresar más o menos abrigado porque tiene la nariz húmeda y debe estar absolutamente resfriado. Su papá le enseñó el oficio de reciclador desde lo más básico: esto es un vidrio,

este es un papel, este un plástico, esos de ahí son fierros, ahí hay cobre. La rutina de recoger los materiales y llevarlos a su casa y aplastarlos con un martillo hasta dejarlos planos y amarrarlos y esperar que su padre los venda y recibir un sol y darle la mitad a su madre, termina al cabo de unas horas en una merecida bolsa de Chizitos. ¿Quién se puede molestar trabajando varias horas del fin de semana metido en un cerro de basura si como premio hay una bolsa de Chizitos? Por eso Óscar se contagia de las carcajadas y se parodia a sí mismo en sus vanos esfuerzos por cargar una bolsa enorme de desechos reciclables. De lejos se ve a tres

niños en dramática situación sufriendo por tener que meterse en cerros de basura y recoger a cuentagotas algunos materiales que puedan reciclarse. De cerca, sin embargo, se ve a tres niños jugando y casi divirtiéndose con lo que encuentran. Lo más extraño de esta historia es que los tres niños se sienten bien con lo que hacen. O porque sienten que están ayudando a sus familias o porque les atrae la idea de encontrar objetos curiosos. O porque no se dan cuenta de nada. Por la herida del dedo meñique Óscar tiene problemas para amarrar el costal con la pita. Lo ayuda Franz.

Franz, Erick y Óscar. Si estos tres niños seguían trabajando todos los días, como hasta hace poco, habrían podido sufrir de dermatitis, daños en los bronquios, infecciones de todo tipo y tamaño, problemas en la columna. Y habrían descuidado el colegio. Ahora por lo menos van al colegio de lunes a viernes y solo trabajan los fines de semana. Pronto, quién sabe, el fin de semana lo dedicarán a jugar y su vida regresaría al estado natural. Erick, por ejemplo, en una época se despertaba a las 4 de la madrugada, cogía una linterna y se iba a buscar desechos reciclables en la basura. Regresaba a las 6 a su casa, se lavaba y caminaba hasta su colegio; salía del colegio, comía algo y volvía al basural a seguir buscando. Hasta parece que se sintiera orgulloso de sí mismo porque lloró amargamente cuando salió del colegio y vio que su mamá no estaba y que no iba a poder firmar la autorización para que lo entrevistaran y fotografieran (luego la firmó); al final, con los ojos rojos, enseñó cómo trabaja, sonrió para algunas fotos, respondió algunas preguntas. Y Óscar no podía creer que su costal tenía tantos desechos dentro; por lo menos dos bolsas de Chizitos esta semana. Y Franz tuvo la suerte de encontrar, en medio del basural, un librito con las tablas de multiplicar completas. Él solo sabía hasta la tabla del 9. También encontró una pita que fue pasando de mano en mano, toda la tarde. ■

POCO A POCO. Según la OIT, hay más de 350 millones de niños que trabajan alrededor del mundo. En el Perú son 2 millones 168 mil, según cifras oficiales. Franz, Óscar y Erick hoy trabajan reciclando desechos solo los fines de semana. Antes no descansaban.

“ La rutina de recoger los materiales y aplastarlos hasta dejarlos planos y esperar que su padre los venda y recibir un sol ”